

EUROPA ESTÁ ENFERMA... PERO NO MUERTA

José Martín y Pérez de Nanclares

Catedrático de Derecho Internacional Público. Universidad de Salamanca
Jefe de la Asesoría Jurídica Internacional del MAEC

No creo que seamos nada originales si afirmamos que la Unión Europea (UE) atraviesa en la actualidad por un momento extremadamente delicado. Ciertamente crisis de muy dispar naturaleza han acompañado al proceso de integración europeo a lo largo de todo su devenir histórico. Pero en esta ocasión se están viendo afectados los propios cimientos de la Unión y, probablemente por primera vez desde su nacimiento, no resulta descabellado temer por el futuro del propio proyecto integrador.

Esta crisis ha puesto en evidencia que difícilmente puede existir una moneda fuerte y perdurable en el tiempo sin un proyecto político solvente ni unas instituciones comunes eficaces, careciendo de un presupuesto común que merezca tal nombre y de unas políticas fiscal y económica que sean algo más que esa etérea entelequia del 'método abierto de cooperación'. Y, sobre todo, tampoco puede haber proyecto viable sin un mínimo de solidaridad entre los Estados miembros que conforman el proyecto.

Pero, por desgracia, la realidad dista mucho de ello. Pocas veces se habrá visto un contraste tan notorio entre los demolidores titulares cotidianos de los periódicos y la letra de los tratados constitutivos. No es de extrañar, por tanto, que la UE esté perdiendo todo su atractivo en las opiniones públicas nacionales. Resulta lamentable, pero por desgracia comprensible, que muchos miren a esa Unión más como una amenaza que como un proyecto ilusionante; y resulta más desolador aún que lo sea por intereses y visiones de imposible conciliación.

En efecto, mientras para unos la UE es sinónimo de recortes que conducen a la miseria y a la desesperanza a capas cada vez más amplias de nuestras sociedades, para otros esa amenaza se identifica con la injusta imagen de una caja sin fondo en la que las economías más saneadas del continente se ven obligadas a asumir cargas financieras a favor de Estados que son tachados como gastadores empedernidos. Con este panorama, ya ni los más optimistas podrán ver en este momento los mimbres más elementales de un proyecto común. La enorme disparidad de intereses entre los miembros que conforman la Unión –digamos, por visualizarlo de manera plástica, entre los Estados 'puros' del centro y norte y los Estados 'pecadores' del sur y de reciente adhesión– ha fracturado el proyecto común europeo y lastra gravemente la construcción de cualquier discurso ilusionante. Y sin proyecto creíble ni discurso común no hay Unión posible en el largo plazo.

Con todo, en mi opinión aún no es demasiado tarde para retornar a la fructífera senda

que el proceso de integración europea siguió desde su creación por los padres fundadores hasta la caída del muro de Berlín. Europa no ha perdido aún (todo) el atractivo que ha tenido durante las últimas seis décadas; de la memoria colectiva no han desaparecido (todavía) los indudables logros conseguidos. No creo que, como afirmaban hace pocos días relevantes intelectuales europeos en un manifiesto a favor de la Unión (“Europa o el caos”), Europa “esté muriéndose”. Ciertamente está enferma; y puede que incluso gravemente enferma. Pero no está muriéndose. Puede curarse.

Eso sí, hemos de ser conscientes que éxitos pasados no garantizan éxitos futuros. El discurso europeo que servía durante la postguerra mundial para nuestros abuelos y durante la posterior guerra fría para nuestros padres ya no es válido para las nuevas generaciones. Y la fuerza impulsora de la inercia que nos lleva empujando durante las dos últimas décadas está tocando su fin. O se adoptan, y pronto, decisiones valientes que inviertan la situación actual y adapten el proceso integrador a los nuevos tiempos o la Unión correrá el serio riesgo de convertirse en una bella reliquia del pasado. Nos guste o no, la salida es, en realidad, bien simple. Políticas comunes, presupuesto suficiente, instituciones robustas y también solidaridad interna son ingredientes imprescindibles para cualquier receta que pretenda dar con una fórmula solvente que resulte atractiva –y también rentable– para todos los Estados miembros.

Cualquier mirada atrás hacia modelos basados en unos Estados soberanos que ya no volverán es pura quimera. En el mundo actual, globalizado y abierto, interdependiente y competitivo, incierto y cambiante, ya no hay sitio para travesías en solitario. Europa, por mucha unión que logre, es muy probable que nunca vuelva a recobrar el esplendor pasado; casi con toda certeza está llamada a convertirse en un actor periférico dentro de un mundo cuyo eje ha girado indefectiblemente hacia el Pacífico y en el que ya no hay posibilidad real de mantener ni el protagonismo internacional ni el bienestar al que nos habíamos acostumbrado. Pero sin una Europa unida cada pueblo o Estado está condenado a situarse en la sombra de la historia. Y, por desgracia, sabemos muy bien cómo es esa sombra que los padres fundadores intentaron desterrar para siempre con la creación de la CECA y la puesta en marcha del posterior proceso de integración ‘paso a paso’. Como acaba de ser reconocido a través del Nóbel de la paz concedido a la Unión, durante largo tiempo la integración europea ha sido sinónimo de paz, estabilidad democrática, derechos humanos y bienestar en un continente acostumbrado durante siglos a guerras, dictaduras, persecuciones y miseria. El precio de esta grave crisis no puede llevar a enterrar el mayor logro político de Europa durante el último siglo. Pero la curación no llegará caída del cielo. Es tarea de todos nosotros.

FINITUD DE LA MEMORIA Y PRINCIPIO DE SOLIDARIDAD

María Oianguren Idigoras

Directora de Gernika Gogoratuz. Centro de Investigación por la Paz
Fundación Gernika Gogoratuz

La Unión Europea como agente de paz plantea retos para pensar en la paz y hacer por la paz. La idea de paz como fin, “si quieres la paz, prepárate para la guerra”, ha estado presente en la historia europea desde la antigüedad, sin embargo, la acción por la paz como medio “si quieres la paz, prepárate para la paz” necesita ejercitarse en un sentido dinámico a través de una praxis –pensamiento y acción– que la renueve sobre sí misma. La memoria europea nos recuerda el principio de la ética y la democracia. La memoria mediadora entre acción humana y práctica común en la plaza pública como oportunidad para interpretar su sentido. La finitud de la memoria, en su doble sentido, uno que tiene “finalidad” y responde a un para qué, “el bien común” y otro en sentido “finito”, esto es, que tiene fin y provoca principio. Principio de solidaridad. La finitud en referencia al mundo del límite y su principio donde “no todo vale, ni en el amor ni en la guerra”.

Una memoria para recordar que los mandatos culturales y sociales imperantes nos están llevando a sobrevivir en una sociedad global a la deriva. En un declive económico preso de un mercado especulativo sin límite y en una crisis de legitimidad de lo político en su sentido referente, nos estamos planteando cuestiones de difícil respuesta ante las preguntas “¿de qué vivo?” y “¿para qué vivo?”, inevitablemente unidas a cuestiones complejas cuando el principio de solidaridad está en quiebra frente a las pérdidas de un mercado que impera con impunidad. Y la vida de los otros “¿a quién importa?”, más allá de una retórica que predica “austeridad” sin reivindicar “creatividad”.

La arquitectura institucional europea debe procurar medidas de regulación política y económica ante los mercados financieros, profundizar en los derechos humanos y potenciar los deberes comunes para contribuir a la construcción de una convivencia social, cultural y económicamente sostenible. Economía como medio y no como fin para una convivencia renovada. Economía de paz. Por eso, conviene recordar que una acción con imaginación nos indica “cómo hacer” para el “bien hacer”. Nada es fácil. La épica está en el imaginario europeo pero la ética también, desde que alumbró una manera de comprender los principios de lo personal y colectivo a partir de una acción democrática, imperfecta e incompleta eso sí, pero también eucaminada al bien común, por ello, la ética no puede agotarse en sí misma, sino renovarse sobre uno mismo.

El premio Nobel por la Paz otorgado a la Unión Europea nos recuerda que las confrontaciones bélicas están ausentes en los campos de batalla europeos, sin embargo, no debe hacernos olvidar que las injusticias, las desigualdades y los proyectos de carácter uniforme